

Incursiones en la literatura brasileña

De la colonia a la marginalidad

HORST NITSCHACK

ILCL
INSTITUTO DE
LITERATURA Y
CIENCIAS DEL
LENGUAJE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO



Ediciones
Universitarias
de Valparaíso



Colección
Dársena
Estudios



Colección Dársena

Departamento de Literatura
Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Director

raúl rodríguez freire

Comité editorial

Bryan Green
Claudio Guerrero
Edda Hurtado
Irene Renau

Consejo consultor

Mauricio Barría (Universidad de Chile); Román de la Campa (Universidad de Pennsylvania); Bruno Cuneo (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso); Jorge Fornet (Casa de las Américas); Florencia Garramuño (Universidad de San Andrés, Buenos Aires); Beatriz González-Stephan (Universidad de Rice); Dunia Gras (Universidad de Barcelona); Lucía Guerra (Universidad de California, Irvine); Sergio Mansilla (Universidad Austral de Chile); Marcia Martínez Carvajal (Universidad de Valparaíso); José Antonio Mazzotti (Universidad de Tufts); Rafael Mondragón (Universidad Nacional Autónoma de México); Cristián Opazo (Pontificia Universidad Católica de Chile); Alexandra Ortiz Wallner (Universidad Libre de Berlín); Clara Parra (Universidad de Concepción); Juan Poblete (University of California, Santa Cruz); Julio Ramos (Universidad de California, Berkeley); Sergio Rojas (Universidad de Chile); Eneida Maria de Souza (Universidad Federal de Minas Gerais).

© Horst Nitschack, 2018

Registro de Propiedad Intelectual N° 291.797

ISBN: 978-956-17-0782-5

Derechos Reservados

Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 21, Valparaíso, Chile
E-mail: euvs@pucv.cl
www.euv.cl

Impreso por Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

Índice

Prólogo, Grínor Rojo	7
Palabras de introducción	11
1. La dinámica cultural de Brasil	17
2. Caramuru de Santa Rita Durão: traducción y colonización	37
3. Entre el poema épico y la novela. La fundación de la literatura brasileña	45
4. Brasil: una nación que se formó en los trópicos mirando hacia el norte	59
5. Sílvio Romero: situando a la literatura nacional brasileña en el contexto americano. La mirada de Brasil hacia los EE.UU.	69
6. Toros, vaqueros y doncellas en la literatura de cordel	85
7. La literatura de cordel entre la oralidad y la escritura	97
8. La novela en Brasil: ¿un género “fuera de lugar”? O: El malandro, un “héroe” de la novela brasileña	113
9. Mário de Andrade: <i>Macunaíma, un héroe sin carácter</i> . Una parodia en busca de la descolonización cultural	131
10. Antropofagia cultural y tecnología	149

11. Gilberto Freyre y Sérgio Buarque de Holanda: <i>mestiçagem</i> y <i>cordialidade</i> como estrategias de convivencia	163
12. La escritura autobiográfica de Graciliano Ramos: la búsqueda del espacio de la subjetividad	189
13. La intraducibilidad de las culturas: el caso de João Guimarães Rosa	201
14. Cuestiones de realismo en la literatura brasileña actual	211
15. Convivencia, subjetividad y violencia en la novela brasileña actual	219
16. Afectos y poder en la literatura marginal: <i>Cidade de Deus</i> (Paulo Lins) y <i>Manual prático do ódio</i> (Ferréz).	233
Bibliografía.	249

Prólogo

Grínor Rojo

En los dieciséis ensayos que componen este libro, el profesor y crítico Horst Nitschack cubre el desarrollo de la historia literaria brasileña en todas sus épocas, la colonial, la de la primera república y la contemporánea, si entendemos por contemporánea la que se despliega desde la Semana de Arte Moderna de 1922 hasta hoy. Este es el espectro de su *Incursiones en la literatura del Brasil. De la colonia a la marginalidad*, y el tratamiento que Nitschack hace del mismo se nos muestra atravesado por una inquietud de fondo: el tema (mejor sería decir el problema) de la literatura nacional. ¿Cuándo empieza a constituirse en el Brasil una literatura nacional y en qué términos?, ¿cuáles son las modificaciones que la propuesta originaria experimenta posteriormente? Un primer ejemplo es el de *Caramuru*, poema épico de José de Santa Rita Durão, escrito en la segunda mitad del siglo XVIII, al que los brasileñistas suelen presentar como un poema de “fundación nacional”, aunque a Santa Rita Durão no se le haya pasado jamás por la cabeza pensarlo en tales términos. Pero, me pregunto yo: ¿no es ese también el caso de todos los poemas fundacionales europeos, el del *Beowulf*, el de la *Chanson de Roland*, el del *Cantar de Mio Cid* y el del *Cantar de los Nibelungos*, como lo es también el de *La Araucana* de “nuestro” don Alonso de Ercilla y Zúñiga? Porque el carácter fundacional de estos poemas es en ellos un atributo que les cayó *a posteriori*. No proviene de las intenciones que animaron a quienes quiera hayan sido los autores respectivos, sino que es el resultado de una confabulación de la filología europea y de sus émulos latinoamericanos (Andrés Bello, por ejemplo) en el marco ideológico y estético previsto por el nacionalismo romántico y sus secuelas. Más curioso aún es el caso de *Confederação dos Tamoyos*, de Gonçalves de Magalhães, que según nos cuenta Nitschack se escribió en el Brasil de

mediados del siglo XIX, cuando ya no estaba de moda escribir epopeyas, y con la intención obvia del poeta de que también en su país se hiciera efectivo el dictamen de los filólogos del nacionalismo romántico (una segunda variante aún más anacrónica es la de la confabulación de los intelectuales rioplatenses que transformó, esta vez a principios del siglo XX, el *Martín Fierro* en el poema nacional de esa región de América Latina).

Estas observaciones dan, creo yo, alguna idea del gran valor de este libro de Nitschack. La literatura no es abordada en él como pura literatura sino, además o también, como un producto cultural. A Nitschack le importa “lo literario”, de eso no nos puede caber la menor duda, y en su libro encontramos pruebas más que suficientes para demostrarlo, pero le importa igualmente la función que lo literario desempeña en el campo de la cultura. Y no en tanto objeto cultural *at large* sino por medio de su especificidad, en tanto objeto literario. Esta es la brújula que conduce sus indagaciones y es también, creo yo, el rasgo que mejor caracteriza su quehacer crítico.

¿Cómo concreta Nitschack ese quehacer? A partir de la relación y el diálogo, tan inevitables como problemáticos, de la cultura del “centro” metropolitano con la de la “periferia” dependiente. Es decir: estudiando las convergencias y las desviaciones, las coincidencias y las transgresiones que se producen en el curso de ese tráfico. Sin inocencia autoctonista y sin parcialidad europeísta, comprobando escrupulosamente que esa relación y ese diálogo existen y son indesmentibles, pero que ellos son también harto más complejos de lo que pudiera serlo una simple reproducción, Nitschack se instala así en el centro de lo más enjundioso de la crítica contemporánea de la literatura latinoamericana. No otro es el lugar epistémico que escogieron para sus reflexiones Ángel Rama, Antonio Cândido y Antonio Cornejo Polar.

Y esto no es lo mismo que hablar de mestizaje, claro está, habiéndose adoptado en aquella “otra” propuesta una política de homogenización alternativa que al fin y al cabo no era muy distinta a la actitud monológica del autoctonismo y el europeísmo de los cuales pretendía distanciarse. De nuevo en línea con lo mejor de la crítica actual de la literatura (y la cultura) de América Latina, Nitschack no intenta tapar las diferencias con las coincidencias. El vínculo existe para él, según se ha visto, pero existe resignificado o, como hubiera dicho Rama siguiendo a Fernando Ortiz, “transculturado”.

Tomo un nuevo y prestigioso ejemplo: *Macunaíma*, la famosa “novela” de Mário de Andrade de 1928. Nitschack nos recuerda, para empezar, que en el origen de *Macunaíma* hay un par de deudas esenciales: con

“los mitos indígenas, que el etnólogo alemán Koch-Grünberg registró en su momento [está pensando Nitschack en los trabajos de Theodor Koch-Grünberg de 1917 y 1924, que de Andrade conoció y tradujo]” y con “el movimiento vanguardista –sobre todo el futurismo, que el joven Mário de Andrade aborda generosamente”. En otras palabras: *Macunaíma* tiene deudas que son irredargüibles con la tradición transatlántica, tanto con la científica como con la artística. Otra cosa, sin embargo, es lo que el escritor brasileño hizo con ello.

En efecto: la tesis de Nitschack es que *Macunaíma* es la parodia “tanto de una idealización del mundo mítico como del individualismo moderno, como opciones para cimentar una ‘*brasilidade*’, una vía brasileña hacia la modernidad”. Parodia, entonces, del autoctonismo y del europeísmo. El “héroe sin ningún carácter” que imagina Mário de Andrade es un personaje que cuenta con parientes en ambos lados del Atlántico y eso no es algo de lo cual pueda sacudirse, pero su nexos con ellos consiste en caricaturizarlos. En igual sentido, la forma de la novela (y, muy lukàcsianamente, Nitschack se había encargado de advertirnos oportunamente que para los críticos de esta escuela es en la forma donde se plasma la sociabilidad de la obra; en el espacio brasileño, ello está en perfecta sintonía con lo que se pone de manifiesto en la práctica crítica de Antonio Cândido y Roberto Schwarz) es también una parodia del modelo importado. Entre *Bildungsroman* y relato de viaje, acaba subvirtiéndolos a ambos y poniéndose más cerca del plebeyísimo (aunque no por eso menos europeo) género picaresco. He aquí Nitschack *at his best*, me refiero con esto al Nitschack a quien le inquieta el tema nacional y, más precisamente, al que es capaz de discernir la complejidad que este tema adopta en la literatura y la cultura de América Latina, cruzada por estímulos múltiples, como bien lo sabemos, y sin perder por eso de vista el dato simple y definitivo de que el objeto de su pesquisa son las obras de arte verbal.

Voy a dar un par de ejemplos más: el del análisis que hace Nitschack del “bárbaro tecnificado” oswaldiano y el de sus cavilaciones en torno la posibilidad e imposibilidad de la traducción, éstas a propósito de la obra de João Guimarães Rosa. En el primero de esos dos ensayos, sobre una figura imprescindible de la cultura vanguardista latinoamericana, Nitschack observa que Oswald de Andrade propone que la apropiación por parte del “bárbaro” de la “técnica” de los países centrales no solo no involucra una renuncia del bárbaro a lo que es suyo desde siempre, sino que acarrea

también la salvación de la cultura de los países centrales. Es la salvación de los estropicios de la técnica de los que tanto se lamentaba el último Heidegger. El bárbaro brasileño se traga y digiere la cultura del centro y lo que resulta de ello es útil para él y también para los del centro, habida cuenta que el acto de redefinición que él habrá practicado con lo que le llegó supone un movimiento de vuelta: “El pensamiento antropofágico le permitió a Oswald de Andrade afirmar no solamente que la apropiación de las tecnologías más avanzadas no iba a poner en cuestión la identidad brasileña, sino también que las consecuencias fatales que esta había tenido en el mundo industrializado y nórdico no iban a repetirse bajo las condiciones particulares de este país”.

Respecto del ensayo sobre la traducción, a propósito de Guimarães Rosa, introduce allí Nitschack una dificultad doble: ¿de qué manera un lenguaje como el de Guimarães, que se identifica con el “mundo” del *sertão* y que se resiste desde ya a su traducción a la lengua portuguesa y nacional, puede traducirse legítimamente a una lengua que es o puede resultarle aún más ajena? Piensa el crítico que, no obstante tales dificultades, la traducción constituye una necesidad irrenunciable, porque el intercambio cultural lo es: “pese a la intraducibilidad, sea del mundo en el lenguaje, sea de una lengua en otra, tenemos que traducir”. Y ello en el bien entendido de que la moderación de las expectativas es un *sine qua non*, porque, como una ley del intercambio entre culturas, “la traducción es siempre pérdida y enriquecimiento”. En este caso, Ortiz y Rama hubiesen aplaudido.

Pero todo eso el lector podrá comprobarlo por su propia cuenta. Prefero yo, para poner punto final a estas notas, llamar su atención sobre la fértil mezcla de erudición y sensibilidad estética que se percibe en el trabajo de Horst Nitschack. El estudioso que estoy presentando aquí es un profesor y es un crítico literario que se siente cómodo allá y acá. Cómodo en su entrañable familiaridad con la cultura filosófica y literaria europea, particularmente la de su país, la alemana, y cómodo asimismo en su adquirida y no menos entrañable familiaridad con la cultura literaria y filosófica brasileña. Y todo eso con delicadeza y con tacto. En Chile, donde el provincianismo cultural (y su contraparte necesaria: la imitación irreflexiva de cuanto hace bulla en el centro, bueno o malo) constituye la norma, que Nitschack esté con nosotros, que esté educando a nuestros estudiantes de la Universidad de Chile en el trato inteligente con los objetos culturales, es un regalo y un lujo.

Palabras de introducción

Esta compilación de ensayos y artículos tiene un hilo conductor secreto: es un hilo conductor autobiográfico. El orden de su presentación no retoma este hilo y más bien opta por disponer los textos en una secuencia histórica: de la colonia portuguesa a un Brasil que está a punto de entrar al escenario de los *global players*; de los poemas épicos a las novelas de un realismo de violencia.

El hilo biográfico oculto se descubre al observar las fechas de las primeras publicaciones de los trabajos reunidos en este tomo. Mi incursión en la literatura brasileña se inició en el nordeste brasileño en los años ochenta del siglo pasado. Las circunstancias de la vida y las ofertas de puestos universitarios –en ese momento vinculadas con las ofertas del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD)– me llevaron de Nantes, Francia, a la Universidade Federal do Ceará en Fortaleza, como profesor de literatura y cultura alemana. La oferta para trabajar en esta universidad era sorprendente. Brasil como país o como cultura no estaba en estos años muy claro en mi mapamundi: se cruzaban algunas vagas ideas e imágenes de ciudades gigantescas como São Paulo y Rio de Janeiro, la selva amazónica con sus ríos en el norte, el escenario de los *Tristes trópicos* de Lévi Strauss, el sertón de las películas de Glauber Rocha con el mundo sensual de las novelas de Jorge Amado complementado con los ritmos de la samba y las imágenes del carnaval. El gobierno militar no produjo noticias espectaculares o eran menos llamativas en comparación con las noticias que llegaban sobre las dictaduras en Chile y en Argentina y la guerra civil en Nicaragua. Tampoco la academia alemana tomaba mucho en cuenta al país más grande de América Latina.

¿Cómo acercarse a este país y a su cultura casi desconocida? Por

supuesto, leyendo a los clásicos. Primero fueron los ensayos: Euclides da Cunha, *Os sertões*, Gilberto Freyre, *Casa-grande e Senzala* y Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*. A pesar de que mi entrada al Brasil se dio por la “puerta trasera” –por Ceará y el Nordeste–, era evidente que este Nordeste y su cultura jugaban un papel destacado en la formación cultural del país. Las lecturas necesitaban ser complementadas con experiencias vividas: viajes al interior del Nordeste (Crato, Juazeiro de Norte –en esta época aun accesible en ferrocarril) y a pueblos de pescadores que el turismo solo descubriría a partir de los años noventa (Canoa Quebrada, Jericoacoara). Recuerdo la fascinación por el paisaje árido y duro del Sertón y los mercados con sus estantes de literatura de cordel. En estos viajes coleccioné el material y las impresiones que hacen parte de los artículos de este tomo. En estos viajes también perfeccioné mis conocimientos del portugués, la lengua que mis labores universitarias me obligaron a aprender lo más pronto posible.

Una vez tomada la decisión de dedicarme académicamente a la literatura y cultura del Brasil, mis lecturas se volvieron más sistemáticas: la irrenunciable *História da literatura brasileira* de Sílvio Romero y los textos clásicos del siglo XIX, especialmente José de Alencar, cuya casa cearense se encontraba en Messejana a solo veinte minutos de la mía (considerando el tráfico de esta época). Era obvio, las novelas construyeron mitos nacionales que tenían muy poco que ver con la realidad del Brasil actual –el de los años ochenta– pero era evidente que tenían mucho que ver con la realidad cultural del Brasil de la mitad del siglo XIX, donde estas novelas –junto con las poesías épicas de Gonçalves de Magalhães y de Gonçalves Dias– fueron una contribución fundamental a la formación de una literatura nacional. Esta literatura nacional consiguió constituirse exitosamente durante el siglo XIX hasta la primera década del siglo XX, encontrando su primer auge en Machado de Assis, pero también en autores como Aluísio Azevedo y Lima Barreto. En los años veinte y treinta, no obstante, fue sometida a un proceso de renovación caracterizado por dos movimientos contrarios: el movimiento modernista en el sentido estricto y el “Romance do Nordeste”, la Novela del Nordeste. El primero, comandado por la vanguardia brasileña (Mário y Oswald de Andrade, Ricardo Cassiano, Raul Bopp y otros), tenía su centro en São Paulo y su proyecto era crear desde la modernidad metropolitana una auténtica literatura brasileña (incorporando mitos y tradiciones populares de todo el país); el otro, “O romance

do Nordeste”, o los “romances de treinta” (Rachel de Queiroz, José Lins do Rêgo, Graciliano Ramos), escribieron desde la periferia nacional y reclamaban el lugar y el reconocimiento adecuado dentro del canon de la literatura nacional.

La lectura de estas novelas, las del “romance del treinta”, fueron otro camino para acercarme a la región en la que viví y me ayudó a comprender su historia y su realidad social: el mundo de los “coroneís” y sus “capangas”, de los “engenhos” y el “cangaço”, la violencia estructural y la violencia concreta, pero también la vida cotidiana del habitante “sertanejo” y sus proezas en la lucha por sobrevivir.

Estas lecturas fueron poco a poco complementadas con la literatura contemporánea de los nuevos autores del nordeste: João Ubaldo Ribeyro, *Sargento Getulio*, Antônio Torres, *Adeus Velho* y *Carta ao Bispo* y Ariano Suassuna, *O Romance d'A Pedra do Reino*. Eran relatos del interior nordestino, de vidas sufridas, de conflictos sociales, de migraciones forzadas hacia las grandes ciudades de la costa y los centros industriales del sur.¹

Con los relatos migrantes, mi propia lectura iba descubrir a las grandes ciudades del sureste y del sur. En Rio de Janeiro Clarice Lispector, *A hora da estrela* (Nitschack, *A Hora*), Rubem Fonseca, *Feliz Ano Novo* y *Vastas emoções e pensamentos imperfeitos* y Antonio Callado, *Concerto carioca*; en São Paulo Ignácio Loyola Brandão, *Zero y Não verás país nenhum*.

La Amazonía y el sur “gaúcho” brasileño no están representados en los capítulos de este libro. Lo que no significa que hayan sido excluidos de mi mapa imaginario del Brasil. La Amazonía entró por las novelas amazónicas de Márcio Souza, *Galvez – Imperador do Acre*, *Mad Maria* y *A Resistível Ascensão do Boto Tucuxi*, así como por *Maira* de Darcy Ribeiro, mientras la región “gaúcha” por *Os voluntários* y *O centauro no jardim* de Moacyr Scliar, la novela de Josué Guimarães, *Camilo Mortágua*, y *Bacia das almas* de Luiz Antônio de Assis Brasil. En estas últimas se describe la decadencia de la antigua oligarquía del sur brasileño, la clase social dominante del siglo XIX, y su imposibilidad de leer los signos de la modernidad, tal como José Lins do Rêgo lo había descrito para el nordeste (Nitschack, *Der Süden*).

Durante los seis años de residencia en Perú como profesor visitante en la Pontificia Universidad Católica del Perú (1988 – 1993), de nuevo un país y una cultura poco conocidos para mí, recurrí –acto de repetición–

¹ El ensayo sobre estas novelas aún no está traducido: Nitschack, *Der Nordosten*.

tal como a mi llegada al Brasil, a la literatura para entender adónde había llegado y en dónde me movía. Otra vez ella sería mi guía y me permitió adquirir una sensibilidad ante formas de vidas y prácticas sociales que diferían no solo de mi propia educación y socialización alemana, sino también de las que había conocido en Brasil. No obstante, ello no significaba que Brasil, su cultura y su literatura fueran reemplazadas por la peruana, sino que ambas empezaron a complementarse como dos extremos producidos en el espacio de la Ibero-romania.

De vuelta en Alemania recibí la oferta de traducir el libro de cuentos *Tutaméia - Terceiras Estórias* de João Guimarães Rosa, junto al reconocido traductor Curt Meyer-Clason, lo que me deparaba un nuevo desafío. Esta vez no solo se trataba de que yo entendiera al Brasil, sino de encontrar una traducción adecuada o, considerando todos los casos en los cuales ello era imposible, por lo menos una traducción aproximativa a otra lengua, en este caso a la alemana.

Seguiré una tercera fase de aprendizaje latinoamericana, la chilena (1995-2001). De nuevo será la literatura, en este caso principalmente la ensayística, la que me permitiría un acceso a otra realidad de este continente. De regreso a Alemania mis experiencias latinoamericanas, junto con las publicaciones que resultaron de las lecturas, observaciones, reflexiones e investigaciones, me dieron la posibilidad de enseñar en las Universidades Humboldt y Libre de Berlín como profesor visitante de literatura y cultura latinoamericana, y de postular en 2003 a un concurso de la Universidad de Chile para un puesto de profesor de literatura y cultura brasileña.

En adelante, estas lecturas, especialmente las de literatura brasileña, fueron profundizadas y completadas, y sirvieron para formular y realizar proyectos de investigación: “La *Bildungsroman* (novela de formación) o narrativa de formación en Brasil y Chile durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI: jóvenes, subjetividad y ciudad” junto a Grínor Rojo y “Rebeldes, malandros, delincuentes y locos: resistencias, transgresiones y expectativas utópicas en la literatura brasileña del siglo XX” junto a Rebeca Errázuriz. Los artículos y ensayos reunidos en este tomo son una muestra de la cosecha de estos años de aprendizaje, de migración por tres culturas nacionales latinoamericanas y de reflexiones en torno a sus literaturas, en este caso particular, de la literatura brasileña.

Pensándolo bien, mi actitud frente a la literatura brasileña, que se repitió en el caso del Perú y a partir de 1995 también a mi llegada a Chile, la

disposición y la convicción de que las literaturas serían un medio privilegiado para acercarse a otra cultura, para facilitar su comprensión y entrar en un diálogo con ella, tuvo su modelo en la formación humanista del colegio alemán (“Gymnasium”). A partir de la segunda parte del siglo XIX y en la primera del siglo XX, el estudio del griego y del latín garantizaron el acceso a estas culturas consideradas como culturas orientadoras, por lo menos en el ámbito humanista, con sus resistencias contra la modernización tecnológica y la burocratización del Estado moderno. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, con la derrota del fascismo y la necesidad de una reorientación cultural, el estudio del inglés y del francés, no solo como aprendizaje de una lengua extranjera, sino más bien como el conocimiento necesario de las culturas vecinas, desalojó al latín y al griego de su posición privilegiada. Pero la convicción de la necesidad de enriquecer la propia cultura nacional a través del conocimiento de otras se mantuvo y fue trasladada a la de los vecinos. La reconciliación política entre Francia y Alemania, pero también con Inglaterra, fue en gran medida una reconciliación motivada por una curiosidad y un interés en la cultura de la otra nación para lo cual el conocimiento de la lengua era una condición fundamental. No teníamos dudas de que la literatura nos permitía la comprensión del otro, que es un prerequisite privilegiado para entrar en diálogo. Si había ilusiones en esta convicción, fueron ilusiones productivas, ilusiones que contribuyeron a instalar la época de paz más larga entre naciones que en el pasado casi no tuvieron una generación que no se confrontara en los campos de batalla.

Literatura y “vida” entran en una interdependencia curiosa, en el fondo indisoluble: no me sería posible decir si mi imagen del Brasil está formada más por las experiencias y vivencias “concretas” en la cotidianidad familiar y la convivencia con amigos, en la vida profesional y en los innumerables viajes a todas las regiones del país, o por la lectura de más de cien novelas, de innumerables cuentos y –menos, tengo que admitir– de la poesía. Lo que sí puedo decir es que las lecturas ayudan a complejizar las imágenes y nos protegen de tomar como absolutas ciertas experiencias subjetivas y casuales. En este sentido, tal vez nuestras lecturas de otras literaturas contribuyan a entendernos a nosotros mismos en nuestras expectativas y proyecciones hacia las otras culturas, desestabilizando prejuicios, relativizando ciertas experiencias –tanto positivas como negativas– e invitándonos a descubrir esa nueva cultura –como a nosotros mismos– cada vez de nuevo.

Antes de terminar quisiera expresar mis agradecimientos a tod@s l@s que han hecho posible este libro cuya historia acabo de contar: en primer lugar, pienso en el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA), l@s coleg@s de este Centro, sus estudiantes y una secretaria que encuentra soluciones para todo; agradezco al Departamento de Literatura y a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Tenían confianza en mí cuando, hace 14 años, decidieron ofrecerme un espacio para enseñar, investigar, y finalmente para administrar –algo cuya importancia es fácilmente despreciada, a pesar de que es, tal vez, en todo el contexto institucional, la labor que más contribuye a un ambiente humano y finalmente creativo. Tod@s, l@s coleg@s, l@s estudiantes y l@s que exclusivamente se ocupan de las tareas administrativas han contribuido a crear condiciones de trabajo, de enseñanza y de investigación que me permitieron “sentir en casa”, y de las cuales la publicación de este libro es un resultado.

1. La dinámica cultural de Brasil¹

El cambio cultural de los últimos decenios en numerosos campos de las Ciencias Sociales y la Antropología no constituye una expresión de una moda teórica, sino es fundamentalmente una consecuencia del creciente significado que ha adquirido la cultura en un mundo globalizado y, al mismo tiempo, democratizante. Por una parte, dada la creación de redes de medios de comunicación a nivel global, la cultura se comercializa cada vez más como bien de consumo y, por consiguiente, ha pasado a convertirse en un importante factor de producción en la competencia a nivel internacional. Cuando se habla de “capital cultural” no debe interpretarse de manera metafórica: la cultura se ha convertido realmente en un factor y, en determinadas circunstancias, en un factor decisivo, para los mercados internacionales de capital. Por otra parte, sin embargo, también juega un rol decisivo tanto en la superación de tensiones y conflictos –a escala nacional como internacional– como para la autoestima de los nuevos actores en los escenarios políticos.

La globalización y la democratización constituyen procesos a los que especialmente Brasil se ha visto enfrentado en los últimos decenios. El hecho de que Brasil aparezca como el país del Carnaval, de extensas playas y del *jogo bonito* de fútbol, puede ser considerado entretanto un tópico, pero es precisamente en tiempos de la globalización que la imagen del país ha sido marcada de manera decisiva por la cultura de las fiestas, de las vacaciones en la naturaleza y el dominio del cuerpo de manera lúdica. De

¹ Este artículo fue publicado en Peter Birle, ed., *Brasilien. Eine Einführung* (Frankfurt am Main: Vervuert, 2013), 169-186. Traducido por Liliana Seelmann.

manera similar ocurre cuando se señala que Brasil no es solamente selva tropical del Amazonas y favelas en permanente crecimiento, es decir, por una parte, cultura virgen que debe ser protegida y, por otra, barriadas que se caracterizan por la violencia. Sin embargo, clichés como éstos, aun cuando puedan ser criticados, nunca son –como todos los clichés– del todo arbitrarios o casuales. Esto es válido especialmente en este caso, en el que se trata de estereotipos con los que Brasil a menudo se identifica, y que juegan un importante papel como referente para el país en el negocio del turismo a nivel internacional; en el caso de las favelas esto se aplica de manera muy restringida, aun cuando existen ejemplos para ello. Por lo mismo, resulta absolutamente razonable preguntarse: ¿Qué realidades de Brasil toman cuerpo en estas imágenes? ¿Qué realidades se esconden o reprimen a través de estas imágenes? ¿En qué acontecimientos y desarrollos históricos, constataciones étnicas y prácticas culturales se basan estas imágenes? ¿Expresión de qué formas de vida, de qué actitud frente a la vida son estas imágenes?

Carnaval, playas y fútbol generan asociaciones que, especialmente en los dos primeros casos, podrían interpretarse como antítesis de la sociedad industrial competitiva, como la alternativa de optimismo tropical a la forma de vida de los países nórdicos que, si bien se caracterizan por una elevada productividad, una administración eficiente y una vida cotidiana organizada, están poblados por habitantes que se consideran, en esencia, infelices. En cambio, las imágenes de las selvas tropicales amenazadas y el crecimiento de las favelas están asociadas a un Brasil que, desde hace algunos decenios, está haciendo grandes esfuerzos por ponerse a la altura de los países industrializados del Norte. Tras las crisis políticas y económicas entre los años sesenta y ochenta del último siglo, Brasil se ha convertido, a partir de los noventa, en uno de los países con las más promisorias proyecciones, a escala global, para este siglo. Ha pasado a formar parte del ilustre grupo de los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), quienes, según los pronósticos determinarán, de manera decisiva, la política mundial en los próximos decenios: de haber sido países en vías de desarrollo, y luego países emergentes, pasan a convertirse ahora en serios competidores de las “antiguas” naciones industrializadas del Norte, sobre todo, de Europa occidental y los Estados Unidos (en este proceso, Rusia asume un papel particular). En toda América Latina –desde la frontera mejicano-estadounidense hasta Tierra del Fuego– es precisamente esta zona geográfica, descubierta en ese entonces y asignada en 1494 a la corona

portuguesa mediante el Tratado de Tordesillas, la que ahora, a comienzos del siglo XXI, aparece como futuro *global player*.

Por cierto, pese a la relevancia política y económica de Brasil, la cultura brasileña no ha logrado en el escenario internacional ni la misma difusión ni el mismo prestigio que las culturas hispanoamericanas. Esto se debe con seguridad al significado de las culturas precolombinas —los toltecas y aztecas en Méjico, los mayas en Centroamérica y los incas en los países andinos, para las cuales no existen equivalencias en el espacio ocupado por el Brasil de hoy. También durante la época colonial y hasta las declaraciones de independencia de las nuevas naciones americanas —en el caso de Brasil, en el año 1822— la difusión cultural de las colonias hispanoamericanas hacia Europa tuvo mayor relevancia. Una razón importante para ello fue la política colonialista portuguesa, interesada en mantener esta enorme región directamente dependiente de la madre patria. En Brasil no se fundan universidades: las élites de la colonia dependen en materia de estudios superiores de la madre patria, principalmente de la Universidad de Coimbra. También estaba prohibida la instalación de imprentas, que hubieran permitido una vida intelectual independiente, sin el control directo de los funcionarios de la corona portuguesa. La economía de plantación (al comienzo azúcar y, posteriormente, cacao y café), como el segmento productivo económico más importante, se realiza principalmente con esclavos importados de África y requiere tan solo una reducida participación de las élites urbanas. Muy diferente al caso de Hispanoamérica, donde las metrópolis coloniales no solamente eran centros comerciales, sino también centros administrativos y que, por consiguiente, requerían de funcionarios coloniales con una buena formación profesional. Todo ello resulta en un bajo nivel de cultura general en la región lusoparlante de América, en comparación con aquel de las colonias españolas. El cambio crucial se inicia en el año 1808, poco antes de la independencia, con el traslado de la totalidad de la realeza portuguesa y su corte desde Lisboa a Río de Janeiro. A diferencia del Rey Carlos IV, el Príncipe regente João VI no se rinde ante las tropas napoleónicas, sino que decide trasladar su sede de gobierno a Río de Janeiro y se embarca con más de 10.000 acompañantes en una flota dispuesta por los ingleses. Esta afluencia de políticos, funcionarios administrativos y la respectiva infraestructura trae consigo un importante cambio en la tranquila ciudad tropical del Pan de Azúcar. Río de Janeiro se hace de un nuevo teatro y de una biblioteca real, en la que se acomodan los 70.000 volúme-

nes de la Biblioteca Nacional de Lisboa, que habían sido transportados junto con el equipaje. Tras la derrota definitiva de Napoleón, João VI lleva al país en 1816 la “Misión Cultural Francesa”, con el objeto de modernizar la educación artística de acuerdo con el modelo francés. Dentro de ésta figuran nombres como Jean-Baptiste Debret, Auguste Marie y Nicolas-Antoine Taunay, padre de Félix Taunay. Aun cuando con la misión no se logran los efectos esperados, sí entrará en juego un factor adicional, decisivo para la conformación de la cultura brasileña: la acogida y apropiación de las tradiciones culturales y de las producciones artísticas de otros países europeos, naturalmente y sobre todo, de Francia. No obstante, también los países de habla germana jugarán, en los siguientes decenios, un papel nada despreciable en el desarrollo cultural y científico del país tropical, independiente a partir de 1822 como Imperio (bajo Pedro I, el hijo de João VI). En 1817, arriba a Brasil un grupo de científicos austríacos y alemanes, acompañados de María Leopoldina de Austria (1797-1826), quien se convertiría posteriormente en la esposa del Emperador de Brasil. Entre estos científicos figuran los naturalistas Johann Baptist von Spix y Carl Friedrich Philipp von Martius, quienes junto a una serie de otros naturalistas y antropólogos alemanes realizarán, más adelante, un significativo aporte a la investigación de la naturaleza tropical del Brasil. Entre éstos se encuentran también Wilhelm Ludwig von Eschwege (1777-1855), Georg Heinrich Freiherr von Langsdorff (1774-1852), en cuya expedición hacia el interior de Brasil (1824-1828), participó ocasionalmente el pintor Johann Moritz Rugendas y, posteriormente, Karl von der Steinen (1855 – 1929) y Theodor Koch-Grünberg (1872 – 1924), quienes realizaron importantes expediciones a la Amazonía en los años ochenta del siglo XIX y a comienzos del siglo XX. Si bien sus viajes de exploración, sobre todo los dos últimos, fueron de gran relevancia desde el punto de vista antropológico, en Alemania se difunde a través de sus publicaciones una imagen que identifica al país fundamentalmente con las culturas de las tribus indígenas de las inaccesibles regiones del Amazonas. Por cierto, un exotismo como éste ya había sido promovido por el Romanticismo brasileño. En la búsqueda de una cultura brasileña autónoma, que se distanciara de la cultura de la antigua potencia colonial, poetas y escritores como Gonçalves de Magalhães (1811 – 1882), José de Alencar (1829 – 1877) y Gonçalves Dias (1823 – 1864), descubren las culturas indígenas del siglo XVI y XVII, cuyos representantes aparecen en sus epopeyas y novelas como si fueran héroes de la

antigüedad, o bien, como encarnación del “buen salvaje” de Rousseau. En algunas ocasiones, el indígena brasileño aparece como un Hércules o una Artemisa tropical y, en otras, Brasil es el lugar donde efectivamente habría existido el “buen salvaje”. En el primer caso, la intención tras ello pareciera ser convertir a las tribus indígenas del Brasil en representantes de valores humanos que nada tienen que envidiarle a aquellos de la antigua Grecia y, en el segundo, se postula al “buen salvaje” como una realidad de Brasil. Ambos casos pueden interpretarse como estrategias argumentativas de las élites brasileñas, para reclamar una autonomía cultural en la que el país, como nación independiente, pueda pararse frente a las naciones civilizadas de Europa en pie de igualdad.

Las artes, pero por sobre todo la literatura, tuvieron para las naciones latinoamericanas recién independizadas gran importancia, similar al caso de los países europeos algunos decenios antes. En la búsqueda del reconocimiento y legitimación como naciones independiente, la existencia de una literatura nacional con sus mitos, leyendas y cuentos, jugaba un papel crucial. Esto también rige para el caso de Brasil. A la literatura no solo le corresponde la misión de integrar al país, es decir, inventar paisajes, escenarios, figuras, conflictos y, en general, relatos que identifiquen a Brasil como tal y que permitan generar la imagen de un país con el que los lectores de la reducida élite puedan identificarse. La literatura es también un espacio privilegiado, y la literatura nacional brasileña la institución privilegiada, donde exigir y promover una lengua propia. Ésta se diferencia del portugués de la antigua potencia colonial, no solamente por la pronunciación, sino también por la sintaxis y el léxico. La fundación de la Academia Brasileña de Letras, a finales del siglo XIX (1896) constituye la consecuencia lógica de este proceso. A ésta le precedió la publicación de la primera historia literaria del Brasil, de Sílvio Romero, en el año 1888. Por cierto, incluso antes, ya en 1863, el erudito Ferdinand Wolf había publicado en Berlín, la primera historia de la literatura brasileña en francés: *Le Brésil littéraire. Histoire de la littérature brésilienne*. En el prólogo, Wolf afirma que la literatura brasileña habría hecho tales progresos en los últimos 30 años, que era merecedora de un lugar entre las literaturas nacionales, lo que a su vez implicaba para el joven país la concesión de un sitio entre las naciones.

Si bien la contribución de los científicos extranjeros a la investigación en Brasil fue decisiva, al mismo tiempo surge una tradición científica propia. En 1838 se funda en Río de Janeiro el Instituto Histórico y Geográfico

Brasileño, que se propone como tarea investigar y documentar la realidad histórica, geográfica y étnica del Brasil. En este contexto, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, el positivismo se convierte en la referencia teórica más importante para los intelectuales brasileños. Por cierto, su filosofía progresista se ve enfrentada a una realidad que no puede ser justificada desde el punto de vista filosófico: ese Brasil que, con su independencia en el año 1822, había iniciado el camino para convertirse en un país moderno, una nación moderna en latitudes tropicales es, hasta 1888, una sociedad que vive de la esclavitud y que no concede derechos civiles a la gran mayoría de sus habitantes. Hasta el año 1865, Brasil se encontraba aún “en buena compañía”, dado que los Estados Unidos tampoco habían abolido la esclavitud. Sin embargo, a partir de mediados de los años sesenta del siglo XIX, las élites brasileñas se ven doblemente presionadas: paralelamente a la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, Brasil inicia, junto a Uruguay y Argentina, una guerra contra Paraguay, que se prolongará por más de cinco años, y para la cual dependerá del apoyo de la población negra. A consecuencia de ello nace la “Ley de vientres libres” de 1871, que establecía que todos los hijos nacidos de esclavas serían libres a partir de ese momento.

Tanto a través del positivismo, según el cual los factores “medio”, “momento histórico” y “raza” eran decisivos para describir científicamente a las culturas y, por consiguiente, para clasificarlas en la escala del progreso, como también a través de la influencia del racismo europeo, especialmente, de sus representantes Gobineau y Buckle –Gobineau era diplomático francés en Río de Janeiro y ambos tenían acceso directo a la corte de Pedro II y al mismo emperador– el paradigma “raza” pasó a convertirse en la categoría central para la descripción de cultura –en este caso particular, de la cultura brasileña. Es más, las dificultades de una nación para asegurarse un papel de liderazgo en la historia del progreso se interpretaban como una consecuencia de su herencia y configuración raciales. Consecuentemente, en su historia de la literatura, Sílvio Romero describe a Brasil como una nación conformada por tres razas, y no duda con ello en haber definido científicamente las particularidades de su cultura. Para él, ésta es una cultura con un elemento “blanco”, sobre todo portugués, pero también con una cierta parte europea, a la que deben agregarse los elementos indígenas y la proporción de cultura africana. Si bien según él, para comprender la cultura brasileña de ninguna manera se pueden omitir los elementos indí-

genas y africanos, al mismo tiempo está convencido de que solo a través del “blanqueamiento” podrá emprenderse el camino hacia un Brasil moderno y civilizado. Un aporte decisivo sería la inmigración europea, que comienza a promoverse, intermitentemente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, mediante programas estatales. No obstante, esta idea del “blanqueamiento”, discutible o no, causó un importante efecto colateral para el discurso cultural brasileño, conduciendo a una redefinición profunda del paradigma racial. Si bien el racismo clásico de Gobineau había establecido una jerarquía racial, con la raza blanca a la cabeza, su problema étnico principal era la mezcla, el *mestizagem*, es decir, el grupo de los mulatos. Según Gobineau, la mezcla de razas destruye el valor que caracteriza a cada raza, también a las inferiores. O sea, este mestizaje es, en particular, el responsable de la incapacidad de Brasil para subir al carro del progreso. Más aún, pronosticaba Gobineau, llevaría inevitablemente a la desaparición del pueblo brasileño en menos de 200 años. Ya con la obra *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha, en la que narra la historia de la Guerra de Canudos, se da inicio a una reinterpretación que tendrá enormes repercusiones: según da Cunha, producto del mestizaje existente al interior del país, hace ya algunos cientos de años, habría nacido una nueva raza. Se trata del habitante del Sertón, quien se caracteriza sobre todo por su fortaleza física y su capacidad de resistencia. Es decir, la mezcla no necesariamente conduce a la desaparición, sino que bajo determinadas circunstancias –en este caso las duras condiciones climáticas del Sertón– se produce, por así decirlo, una selección darwiniana “natural”. Aun cuando el racismo implícito de da Cunha lo obliga a inventar una nueva raza –el habitante del Sertón y no “el costeño raquítrico”, afectado por todos los males del progreso– se produce con esto un cambio decisivo, a comienzos del siglo XX: la mezcla de razas se considera ahora una oportunidad y no algo funesto. El intelectual mejicano José Vasconcelos aplaude, en su exitoso libro *La raza cósmica* (1925), leído en toda América Latina en los años veinte, la mezcla de todas las razas en Latinoamérica, especialmente en Brasil, calificándola como la esperanza no solamente de América Latina, sino de toda la humanidad.

En 1889, se proclama la República de los Estados Unidos del Brasil, una consecuencia de los procesos de transformación históricos y políticos, cuya expresión más evidente fue la abolición de una sociedad esclavista un año antes. No solamente el nombre devela el rol de modelo que se le atribuye a los Estados Unidos de América, que se han ido convirtiendo, en

el curso del siglo XIX, en una gran potencia. También la primera bandera de la República es evidentemente una imitación de las barras y estrellas del pabellón norteamericano, si bien con los colores del Brasil, verde y amarillo. Poco tiempo después, esta bandera es reemplazada por la que aún sigue siendo la bandera oficial, con el lema positivista “Orden y Progreso” en el centro. Este cambio representa las dos posturas opuestas al interior de las élites brasileñas: aquellas que ven al potente vecino del Norte como modelo, y las otras para las que éste constituye una amenaza para la “*brasilidade*”, la verdadera forma de vida brasileña. La mirada hacia el hemisferio norte, en una actitud de rechazo, o bien, de admiración, trae aparejada directa o indirectamente la pregunta: ¿Por qué Brasil no logró el progreso de los Estados Unidos en el transcurso del siglo XIX, el siglo del progreso generalizado? ¿Fue debido al clima tropical? ¿Fue debido a la naturaleza con sus bosques impenetrables, que hicieron de cada kilómetro de vía o línea férrea construida, una aventura inhumana? ¿Fue debido a la constelación racial, la baja proporción de población blanca, la mentalidad de la población africana o el elevado porcentaje de mulatos? (Sílvia Romero) ¿Fue la herencia colonial, sobre todo la portuguesa, aquella que les dejó a estos colonizadores menos aptitudes y eficiencia, en comparación con sus pares del norte europeo, los colonos e inmigrantes de los EE.UU.? (Manoel Bomfim, Paulo Prado) ¿Fue la religión, la moral de trabajo puritana en el hemisferio norte y el catolicismo mediterráneo en Brasil? (Sérgio Buarque de Holanda) ¿Fueron las desiguales relaciones de propiedad, latifundios y la economía de plantación con sus huestes de campesinos desposeídos? (Caio Prado Júnior)

Desde finales del siglo XIX y hasta los años cuarenta del siglo XX, escritores y científicos brasileños plantearán esta pregunta de diversas maneras y, por consiguiente, sus respuestas también serán variadas. Concomitante con esto, lo que algunos describirán como un problema otros lo interpretarán como una oportunidad, un potencial de futuro desarrollo. En algunas ocasiones ambas posiciones se encuentran en un mismo autor: en *Os Sertões* (1902), Euclides da Cunha interpreta el retraso del nordeste, la disposición al fanatismo religioso y a la violencia de sus habitantes, simultáneamente como el potencial de una raza futura. Para Oswald de Andrade, el elemento indígena que, según él, está profundamente arraigado en cada brasileño, se convertirá en garante de que Brasil encontrará la manera de manejar las técnicas modernas de manera humanista y no alienada (*El*

manifesto antropófago, 1928). Para Gilberto Freyre, en *Casa-grande & Senzala* (1933), la convivencia de siglos entre portugueses y africanos en los ingenios, no solo produjo una mezcla de sus culturas, sino que dio origen a una nueva cultura, la brasileña. Es decir, que —si bien con argumentos totalmente diferentes— los defensores de esta posición concuerdan en que la vía capitalista del hemisferio norte no puede ser la vía del Brasil tropical.

Por más diversas que sean las preguntas y respuestas, todos ven a este país con una mirada común: con preocupación, esperanza y presunción. Cualquiera sea la posición científica, la convicción ideológica o visión del mundo en la que se basa el discurso, ya sea que se exprese de manera pesimista, crítica, con dudas, optimista o con una entusiasta autoafirmación, no es posible encontrar en ninguna parte un cuestionamiento de principio al “proyecto Brasil”, a su unidad y sus valores culturales. Todos están en busca de un orden social que les permita vivir en este país (aunque haya discrepancia entre las visiones acerca de dicho orden) y todos comparten el sentimiento de que existe algo que une a todos los brasileños y que los hace ser brasileños. Es en lo que ese algo es donde difieren las respuestas, de manera similar al caso de la pregunta acerca de quién o qué es responsable de la falta de desarrollo, o cuál es el potencial de desarrollo de Brasil.

Cien años después de su independencia, en el año 1922 y en el marco de los numerosos actos conmemorativos, se lleva a cabo la *Semana de Arte Moderna* de São Paulo, con la presencia de nombres como Oswald y Mário de Andrade, Menotti del Picchia, Plínio Salgado, Anita Malfatti, Heitor Villa-Lobos y una serie de otros importantes artistas. Se trata del movimiento vanguardista brasileño, que se presenta ante el público nacional con una mirada segura no solo de sí mismo, sino también frente a las culturas y ciencias europeas, admiradas como modelo en el pasado. Dos años más tarde, se conceptualizará su programa en el Manifiesto *Pau-Brasil*: Brasil debe convertirse en un país exportador de poesía y, por consiguiente, de cultura, y no solamente exportar materias primas e importar la cultura de los países desarrollados. En todo ello se manifiesta el desarrollo que Brasil ha logrado desde el nacimiento de la República: Río de Janeiro se ha modernizado radicalmente en los últimos años del siglo XIX —en parte con fuerte resistencia de la población. Se impulsa la electrificación y se construyen avenidas, túneles a través de montañas que separaban diferentes distritos, así como un teleférico para subir al Pan de Azúcar. En 1920, Río de Janeiro cuenta con más de un millón de habitantes. En las novelas de Ma-

chado de Assis (1839 – 1908) –para muchos críticos hasta el día de hoy el autor más importante de la literatura brasileña– Río aparece todavía como la capital tropical idílica, aunque un tanto mojigata y finalmente engañosa. Capitu, la protagonista de *Dom Casmurro* (1899) es considerada, durante largo tiempo, la Madame Bovary del Trópico. Recién en los años sesenta, la crítica literaria advierte que el lector no tiene más forma de comprobar en la novela la infidelidad de Capitu que con las fantasías paranoicas de su siempre malhumorado esposo, Casmurro. Esta aparentemente idílica Río de Janeiro, con sus playas y el Pan de Azúcar, experimenta con la declaración de la República, un cambio radical. Principalmente en la periferia, donde antiguamente se situaban las residencias de verano de la oligarquía y la burguesía acomodada, surgen ahora las “favelas”, con un nuevo estrato social, con individuos totalmente nuevos, una mezcla entre trabajadores ocasionales –las primeras raíces del proletariado– y pequeños comerciantes. Son barrios en los que nacen nuevos sujetos sociales, integrados tanto por migrantes del nordeste como por esclavas y esclavos liberados quienes, en el trascurso del siglo XX, pasarán a convertirse en actores de la historia brasileña. Con la novela naturalista de Aluísio Azevedo, *Cortiço*, (1890, una precursora de la novela de favela) y la novela *O Mulato* (1881), aparece por primera vez en la escena literaria brasileña esta nueva realidad social.

Son decenios de cambios vertiginosos, en los que se hacen evidentes las contradicciones de la modernización: las plantaciones de café, que convierten a Brasil en el exportador más grande del mundo, están ubicadas principalmente en el Estado de São Paulo. La riqueza proveniente de este comercio convertirá a la ciudad de São Paulo en esos decenios en la más moderna del país, uno de los motivos por los cuales la semana de arte de la vanguardia brasileña en 1922 se realiza allí y no en Río de Janeiro. Cientos de miles de inmigrantes europeos, fundamentalmente de Italia y Alemania llegan en masa al sureste y sur de Brasil, ejerciendo una gran influencia en la cultura de esas regiones. Se repite en el sur lo que ya había sucedido, decenios antes, en el norte del país, debido a la fiebre del caucho, por la cual surgió en la región amazónica riqueza nunca antes vista. Por corto tiempo el caucho convirtió a Manaus en la ciudad más moderna de Brasil, con luz y tranvías eléctricos, en cuyo recién construido teatro de la ópera (1896) actuaban artistas de todo Brasil y de Europa. A diferencia del *boom* del caucho en el norte, que llega abruptamente a su fin en 1910, en São Paulo sí se logra transformar la fortuna amasada, gracias a la exportación del café,

en capital industrial, que constituye la base para convertir a la ciudad en el transcurso del siglo XX en una megalópolis y en el foco industrial más importante de Sudamérica. A finales de ese siglo, Brasil se convertirá no solamente en un *global player* en lo económico, sino también en un exportador de cultura, así como Oswald de Andrade lo había exigido en su Manifiesto *Pau-Brasil*. El profundo cambio sufrido en la sociedad brasileña durante todo el siglo XX, no solo encontrará su expresión en la cultura: ésta no solo participará del cambio, sino que también lo hará posible.

Los problemas de la modernización constituyen los desafíos a los que se verá enfrentado Brasil y su cultura en el trascurso del siglo XX. Entre éstos figuran la industrialización, una gradual diferenciación social, la migración del nordeste hacia el sureste y sur de Brasil (especialmente a Río de Janeiro y São Paulo), la creciente urbanización (de acuerdo a recientes estadísticas, aproximadamente un 80% de la población vive en la actualidad en conglomerados urbanos), la pérdida de significado de las relaciones sociales personales (familias, estructuras de vecindad, órdenes de jerarquía) y de los sistemas tradicionales de valores, el surgimiento de una sociedad de mercado, que estructura al mercado nacional en su totalidad, y el consiguiente proceso de individualización asociado a éste.

La creación de un sistema escolar, que abarca todos los estados del país, hace posible –pese a todas las deficiencias– el acceso de la gran mayoría de la población a una educación básica, o cuando menos a la alfabetización. El decidido fomento estatal a la creación de universidades permite la preparación de las élites científicas en el propio país. La difusión de medios de comunicación avanzados (teléfono, radio, televisión, internet), a lo largo y ancho del territorio nacional, ofrece un espacio para el desarrollo de la diversidad en la cultura brasileña y permite, al mismo tiempo, consolidar la unidad simbólica y el imaginario de este país y de esta nación, a pesar de sus contradicciones y desigualdades. Sin embargo, las tradiciones culturales no son solo positivas: si bien en ellas están almacenados conocimientos y experiencia, éstos pueden albergar superstición, prejuicios étnicos, de género y religiosos, y justificar valores y patrones de conducta arcaicos. En ese caso resulta fundamental hacer frente a ello a través de un diálogo intercultural y negociaciones a nivel cultural. Solo de este modo se podrá atenuar el potencial de violencia que encierra el vehemente proceso de transformación social.

Como ya se mencionara anteriormente, el siglo XX brasileño no solo